

Homilías Domingo 31 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad. Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Corrió más adelante y se subió a una higuera, para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo: «Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.» El bajó en seguida, y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador." Pero Zaqueo se puso en pie, y dijo al Señor: «Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más". Jesús le contestó: «Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido."

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Un Jesús peligroso

Los hombres libres. Los hombres que tienen el coraje de cambiar lo que hay que cambiar. Los hombres capaces de revelar el nuevo rostro de Dios. Todos esos son un riesgo y un peligro para cuantos preferimos sestar cómodamente en lo de siempre. Para cuantos no nos atrevemos a poner en tela de juicio lo que siempre se nos ha dicho. Y nos dejamos llevar de la corriente. Para todos ellos, Jesús es un peligro.

Fue todo un peligro para la religión de la Ley.

Fue todo un peligro para todos los que vivían el Dios de la Ley.

Fue todo un peligro para todos aquellos que creían que primero hay que ser bueno para que Dios los ame... Olvidando que Dios nos ama incondicionalmente...

Por eso, Jesús fue el gran escándalo para los buenos fariseos: “Este come y se hospeda en casa de los pecadores”.

Los malos y los pecadores siempre han sido un escándalo para los buenos.

Menos para Jesús, que personalmente se invita a hospedarse en su casa y a comer con ellos.

Todos vivimos demasiado esa pobre idea de que ser bueno era distanciarnos de los malos y no contaminarnos con ellos. Algo así como si fueran los otros los que nos manchan y ensucian.

Conozco a un religioso que quiso hacer algo por esas pobres mujeres que, por elegancia de nuestro lenguaje, llamamos de “las cuatro letras” o simplemente “mujeres de la vida”. ¡Qué finos y fariseos, si luego no tenemos reparo alguno en llamarlas “prostitutas”!

Pues este buen hombre entró en contacto con ellas. Se metió en su propio barrio, por donde los “buenos” no se atrevían a pasar, simple y llanamente “por eso de qué dirá la gente o para que la gente no piense mal”. A él le importó muy poco lo que la gente dijese y murmurase. Sabía que Jesús también las amaba y las quería y quería echarles una mano y sacarlas de su situación de marginación.

Cada semana reunía a un grupo de ellas tratando de hacerles recuperar su dignidad. Organizó un ropero para que pudiesen ganarse algo. Y hasta buscó empresas que comprasen lo que ellas hacían. Pero las murmuraciones eran cada día mayores. Y su experiencia duró solo un año.

En la parroquia, algunos dejaron de asistir a su misa. Hasta que el Superior, muy cuidadoso de la buena imagen del súbdito, le prohibió tajantemente seguir con su labor. Le hizo ver que con su trabajo alejaba a la gente de la Iglesia y se iban a otra parroquia. ¡Era un peligro para la Parroquia. ¡Tremendo problema! Y no encontró mejor solución que, lograr que los Superiores Mayores lo destinasen a otro lugar en otra provincia.

Estas pobres mujeres, durante un tiempo, acudían a la Parroquia preguntando por el Sacerdote. “¡Es el único que nos ha visto y tratado como personas!” “¿Por qué se lo han llevado?”

De seguro que salvaron su imagen, su fama y su reputación. Pero aquellas mujeres quedaron abandonadas y marginas. ¡Pobre Jesús! También él se metió con gente de mal vivir. También él se hospedó en casa de un pecador. También él se sentó a comer y cenar con ellos. Y también sus feligreses comenzaron a murmurar de él: “come con pecadores”.

Y mientras tanto, ninguno de ellos se dio cuenta de que el pecador Zaqueo comenzaba un cambio radical en su corazón: “La mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más”.

Cuantos de los que se escandalizaron del buen sacerdote preocupado por la dignidad de esas pobres mujeres, ¿serían luego capaces de dar la mitad de los bienes que tenían a los pobres? ¿Serían capaces de meter la mano al bolsillo y a la billetera y devolver lo que posiblemente habían adquirido injustamente?

Cuando se trata de dar la mano al débil, al marginado, al pecador, Dios no cuida de ensuciar su imagen.

Porque Dios no vive de la imagen que puedan tener de él, sino de la verdad del hombre y la salvación del hombre.

A Dios no le importan las murmuraciones de los que se creen buenos. Le importa más la dignidad del hombre.

En la Cruz, Dios perdió toda su dignidad humana. Pero fue precisamente en la Cruz donde reveló la dignidad y la grandeza del hombre y de su corazón divino.

Quien se aleja de los malos, para conservar su buena imagen, se está alejando de Dios. La distancia entre nosotros y Dios es la misma distancia que establecemos entre nosotros y los malos...

(B)

La conversión siempre empieza por el bolsillo... Esta afirmación puede dejar perplejo a más de uno. Pero déjame que me explique...

El bolsillo representa el lugar seguro donde guardamos lo que creemos valioso. Tenemos muchos bolsillos: el del dinero, el de las ideologías, el de las ideas... En cada uno de ellos guardamos objetos, opciones y opiniones que nos proporcionan seguridad. La conversión es orientar todos nuestros bolsillos hacia los valores de Jesús.

Zaqueo era un hombre rico y no bien mirado por sus conocidos. Era cobrador de impuestos y ya sólo eso significaba un fuerte distanciamiento con las personas de su época. Nos dice el Evangelio que nuestro hombre "quería conocer a Jesús, pero no conseguía verle". Buen deseo de aquel hombre que nos sirve para reflexionar a los cristianos de esta época.

¿Hay necesidad de Jesús en nuestro mundo? ¿Quiere la gente conocer al Salvador? Estoy convencido de que sí. Quizá no de una manera explícita pero sí a través de los distintos "árboles" donde la gente se sube para poder ver una posible solución a su vida.

La humanidad entera necesita ser reconstruida. Esto lo podemos ver por las realidades sociales que no hacen felices a los seres humanos. Hemos aumentado en progreso técnico pero no en el desarrollo moral y humanizante. Algo pasa y muchas veces la

gente no sabe describir exactamente qué es, pero sí que es algo que no les da la felicidad deseada.

Zaqueo representa a una parte de la humanidad. Él es rico, tiene un buen trabajo y una buena posición, pero nota que su vida necesita de algo más. Nunca llegaremos a saber por qué aquel hombre rico quería conocer a Jesús. ¿Qué necesidades tenía el rico de lo que Jesús le podía ofrecer? Creo que nuestro cobrador de impuestos no era feliz.

Se subió a un árbol para ver a Jesús. El árbol ha estado presente en el comienzo de nuestra fe cuando desde el temprano Génesis nos habla del "del árbol del bien y del mal..." Pero también en el primer final de Jesús donde se convirtió en el "árbol donde estuvo clavada la salvación del mundo..." Entre uno y otro momento aparecen otras plantas arbóreas que sirvieron para otros fines y ejemplos: para ser replantadas en suelo más productivo, para dar mejor fruto, para servir como instrumento de suicidio y de muerte... El árbol al que subió Zaqueo está entre el paraíso terrenal y la cruz de Cristo.

El árbol es uno de los objetos más cargados de simbología en el mundo de las religiones y de las expresiones con significado. En todas las culturas aparece una y otra vez para simbolizar muchísimas realidades que tienen relación con los seres humanos. El árbol simboliza la evolución vital, de la materia al espíritu, de la razón al alma santificada; todo crecimiento físico, cíclico o continuo; significa también la maduración psicológica; el sacrificio y la muerte, pero también el renacimiento y la inmortalidad. No es extraño por tanto que el autor haga referencia al árbol donde subió Zaqueo. Fue esta realidad la que hizo posible ver a Jesús. El Señor no estaba lejos de aquellas inquietudes interiores y por eso se dirige a él invitándose a su casa.

Dice que "bajó aprisa y con alegría recibió a Jesús". Esta vez no es ni un mendigo ni un enfermo ni un leproso quien va en busca de Jesús. Es un rico. No le gritaba ni le pedía nada concreto. Fue Jesús quien se fijó en él: el corazón de muchas personas es muchas veces tocado por Jesús sin que pidamos nada.

La alegría es la característica con la que recibió a Jesús. Muchas veces me ha ocurrido que cuando voy a alguna parroquia a celebrar la Misa, el canto de entrada dice: "¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor..." pero si quieren que les diga la verdad, tan bonito salmo es cantado mas bien como un cántico funerario que como una expresión de gozo. Cuando llego al altar y termina la triste interpretación siempre les digo: "por favor... no estén tan alegres..."

¿Qué descubrió Zaqueo para que la alegría fuese su compañera en el encuentro con Jesús?

La conversión queda después del encuentro más que desvelada. Se produjo un cambio interior. Vació todos los bolsillos de su vida ante el Maestro. En un momento se dio la triple conversión del alma:

- **Reconoció a Dios:** Supo que su auténtico Señor era sólo Jesús y ante Él expuso cómo iba a ser de ahora en adelante su vida.
- **Reconoció su propia realidad:** Vio cara a cara la realidad de su existencia. Era rico pero era realmente un pobre porque no era feliz.
- **Reconoció a los demás:** Quien se convierte a Cristo ve en los demás una oportunidad de acercarse a Dios. Amar al prójimo, en especial al más débil y necesitado, es un signo de sincera conversión. Mientras la gente le criticaba por pecador, él pensaba en repartir lo que tenía con ellos. Su vida cambiaba porque su relación con los demás le hacía descubrir nuevos caminos de solidaridad para con los más pobres.

Los demás miraban a nuestro Zaqueo como un pecador, Jesús le miraba como una persona. La alegría del rico fue la de agradecerle al Señor que le diese un trato humano y de misericordia.

En otras partes de los Evangelios aparecen otros ricos como el joven que se marchó triste porque amaba las riquezas más que la conversión. Zaqueo sigue siendo rico pero ahora en el encuentro

con el Señor ha sido salvado. Supo poner las riquezas exteriores en su sitio para dejar paso a las riquezas del interior. Creció en la solidaridad y en la justicia social. Se dio cuenta que convertirse es descubrirse ante Dios, ante uno mismo y ante los más pobres y débiles de nuestro mundo. Lo novedoso de la Palabra de hoy es que este rico se hizo pobre para hacerse rico. Lo dicho: la salvación empieza por el bolsillo...

(C)

Son bastantes los cristianos de posición acomodada que se sienten molestos por esta moda que ha entrado en la Iglesia de hablar tanto de los pobres, de su opción preferencial por los necesitados, de su atención a los inmigrantes, como signo de la presencia del Reino de Dios en este mundo.

No entienden que el evangelio pueda ser buena noticia sólo para los pobres. Y que, por lo tanto, el evangelio sólo pueda ser escuchado por los ricos como amenaza para sus intereses y como interpelación de su riqueza.

Les parece que todo esto no es sino demagogia barata, manipulación ilegítima del evangelio y, en definitiva, “hacer política de izquierdas”.

Porque vamos a ver: ¿no se acercaba Jesús a todos por igual?, ¿no acogía a pobres y a ricos con el mismo amor?, ¿no ofreció a todos la salvación?

Ciertamente, Jesús se acerca a todos ofreciendo la salvación. Pero no de la misma manera. Y en concreto, a los ricos se les acerca para “salvarlos”, antes que nada, de sus propias riquezas, que les encoge y les seca el corazón de amor. En el evangelio de hoy, hemos visto cómo Jesús se hace hospedar en casa de un hombre rico de Jericó, y este hombre lo recibe con alegría. Es un honor para él acoger en su casa al Maestro de Nazaret. Y observad

cómo Jesús es libre dejando a un lado las habladurías de la gente “todos murmuraban”.

Y Zaqueo, de mala fama, pecador, al encontrarse con Jesús y escuchar su mensaje va a cambiar. Zaqueo descubre que lo importante no es acaparar, acumular, tener, sino compartir, y decide dar la mitad de sus bienes a los pobres. Zaqueo descubre que tiene que hacer justicia a los que ha robado y se compromete públicamente a restituir con creces. Sólo entonces, Jesús proclama: **“Hoy ha sido la salvación de esta casa”**.

Al rico no se le ofrece otro camino de salvación sino el de compartir lo que posee con los pobres que lo necesitan. Es la única “inversión cristianamente rentable” que puede hacer con sus bienes.

La razón es sencilla. Y es que los ricos sólo pueden existir gracias a los pobres. Sólo pueden enriquecerse a costa de los pobres. La miseria de unos es consecuencia de la riqueza de otros.

Y no sirve decir ingenuamente que hay una “igualdad de oportunidades” en nuestra sociedad y que el éxito es para los que se lo ganan. Sabemos que esto no es verdad. Pero es que además, todos nosotros somos ricos si nos comparamos con los del tercer mundo, hemisferio sur.

Y no se dará una mayor fraternidad entre nosotros si los ricos no cambiamos de actitud y aceptamos la reducción de nuestros bienes en beneficio de los empobrecidos por la actual dinámica de la economía liberal que dirige nuestra sociedad.

Entonces ¿el dinero es malo?. Depende. El dinero es bueno cuando el hombre lo gana honradamente con su trabajo y le sirve de base para vivir, construir un hogar y cultivar una vida cada vez más digna para él y para su familia.

Pero, un cristiano no se puede permitir cualquier nivel de vida lujosa: Hay una manera de ganar dinero, de gastarlo y de

derrocharlo que es esencialmente injusta porque ignora y olvida a los más necesitados.

El camino a seguir es el de Zaqueo. Zaqueo toma conciencia de que su nivel de vida es injusto y toma una decisión que lo salva como ser humano: compartir sus bienes con aquellos pobres a cuya costa está viviendo. Y entonces, la salvación de Jesús entra en su corazón y en su casa.

¿Tengo curiosidad por conocer mejor a Jesús?
¿Comparto mi dinero, mi tiempo, mi cultura?

(D)

El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido

Con frecuencia, cuando nos sentimos profundamente pobres, tenemos la tentación de creernos dejados de la mano de Dios, como si a Dios no le importáramos demasiado o como si nadie cuidara de nosotros o como si a Dios se le hubiera olvidado que existimos y que sufrimos. Nos preguntamos: ¿será verdad que Dios me quiere? ¿Será verdad que Dios se preocupa por mí? ¿No tendrá otras cosas más importantes en qué pensar? Y nos parece que nosotros, ante Dios, somos muy poca cosa para merecer su atención y su cuidado.

En la primera lectura podemos leer una oración preciosa en la que encontramos unas respuestas muy bonitas para nuestras pobrezas. Dice: «Señor, te compadeces de todos. Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has creado. Si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado. Pero a todos perdonas porque son tuyos, Señor, amigo de la vida». El autor de esa oración tan hermosa quiere enseñarnos que somos del Señor, que somos importantes, que nuestro Dios nos mira con cariño y cuida de nosotros. Que no estamos abandonados de la mano de Dios y que nunca nos da por perdidos ni se olvida de nosotros. San Pablo, que había pasado por muy malos momentos, también nos

enseñaba que nada ni nadie podrá apartarnos nunca del amor que Dios nos tiene; nada ni nadie podrá lograr que Dios se olvide de nosotros. De los pobres podrán olvidarse los gobiernos, las gentes del dinero, las instituciones, pero Dios no. Estas cosas no son sólo para saberlas con la cabeza, sino para sentirlas con el corazón.

De esto también nos habla el evangelio de este domingo.

Sabemos que el evangelio de Jesús es más bonito y más consolador para los pobres, porque para ellos es, de verdad, Buena Noticia. El evangelio de este domingo nos cuenta la experiencia de Zaqueo, un hombre profundamente odiado y rechazado por las gentes de Israel. Las cosas ocurrieron en Jericó, cuando Jesús se acercaba ya a Jerusalén, donde lo iban a matar.

Allí, un publicano, jefe de publicanos y rico, porque quería conocer a Jesús se subió a un árbol para verlo mejor y Jesús se fijó en él. El evangelio dice que este hombre recibió en su casa a Jesús y se puso muy contento. Sin duda deseaba ardientemente que Jesús se le acercara y le tratara con cariño. Cuenta el evangelio que todos murmuraban porque Jesús había entrado en casa de un pecador. Toda aquella gente que le despreciaba y que daba un rodeo por no encontrarse con Zaqueo, no podía ver con buenos ojos que Jesús entrara en la casa de este hombre. Luego ya sabemos lo que ocurrió. Zaqueo, puesto en pie delante de Jesús, como para dar más solemnidad a sus palabras, le dijo que su vida cambiaba desde ese momento, que la mitad de sus bienes sería para los pobres y que restituiría con creces lo que había robado. Debió de ser un gesto tan bonito que Jesús mismo proclamó que ese día había llegado la salvación a aquella casa. A Zaqueo debieron de sonarle a gloria esas palabras de Jesús. Él también era hijo de Dios. Tendríamos que meternos en su vida para saber bien lo que esto significaba para él.

Ahora, al leer en el evangelio este hecho tan bello de Jesús, sabemos que quiere decirnos muchas cosas: que Dios nunca nos da por perdidos, aunque tengamos nuestra vida rota, que nos quiere entrañablemente, que aunque todos nos odien, Dios nos sigue queriendo y buscando. Jesús decía que había venido a buscar y salvar lo que estaba perdido. Ése ha de ser también nuestro estilo de vida: hacer presente en el mundo el amor

misericordioso de Dios por sus hijos más pobres y más destrozados.

(E)

Porque era bajo de estatura. Lc 19, 1-10

Pocos serán hoy los que discutan teóricamente la afirmación de S. *Freud* que considera que la persona que no ha superado la fase «anal- erótica» y continúa preocupada exclusivamente por «tener» y «poseer», es neurótica.

Sin embargo, son innumerables los que dirigen sus principales energías a tener, acumular y ostentar. A esto se reduce su vida. A tener un nombre, una posición social, una buena imagen, un hogar confortable, una cuenta corriente envidiable, un bienestar seguro. Empujados por su obsesión de «poseer», tienden a extender su necesidad de propiedad a todos los ámbitos de la vida. «Tienen» unos conocimientos, «poseen» buenas relaciones, «adquieren» nuevas amistades, «logran» éxitos y hasta se sienten «dueños» de su esposa y sus hijos.

Si fueran dos o tres, serían considerados como personas enfermas e inmaduras, pero al ser mayoría, su conducta se nos presenta, sorprendentemente, como normal y hasta envidiable.

Y sin embargo, son hombres y mujeres que viven desconectados de la vida. Dependen siempre de lo que tienen. Su identidad y seguridad personal se sostienen en algo exterior a ellos mismos, que les puede ser arrebatado.

Es normal que en sus vidas crezca la desconfianza, la dureza y la agresividad, y estén ausentes la ternura, la solidaridad y la verdadera amistad.

Pasan los años y nada cambia ni se transforma dentro de ellos. Pueden tener momentos de euforia, éxito y excitación, pero, difícilmente conocerán la alegría que acompaña y resplandece en quien vive creciendo desde dentro, desarrollando día a día su capacidad de dar, compartir y convivir.

¿Cómo recuperar la auténtica alegría de vivir? ¿Cómo salvar estas vidas que aparecen ya «perdidas»?

Es aleccionadora la actuación de Zaqueo, un hombre con una posición social en Jericó, rico propietario, jefe de publicanos, pero «*bajo de estatura*» en todo su vivir.

Zaqueo sabe reaccionar y dar un giro nuevo a su vida. Busca algo diferente. Siente la necesidad de encontrarse con Jesús, acoge su mensaje y toma la única decisión que le puede salvar.

Renunciar a una vida dominada por el afán de poseer, acumular y explotar, para descubrir la alegría del dar, ayudar y compartir.

Esta es la experiencia de quien acierta a encontrarse con ese Jesús que ha venido a «salvar lo que estaba perdido».

(F)

El encuentro.

Quizá se podría titular así el relato evangélico de hoy.

¿Verdad que en algún momento hemos dicho o pensado que a partir de un determinado acontecimiento ha cambiado nuestra vida? Pudo ser un suceso afortunado o desgraciado, o el encuentro con una persona concreta o algún otro evento, pero lo cierto es que, quizá todos, podemos afirmar aquello de una canción (me parece que la cantaba Marisol) y que decía: «mi vida comienza cuando te conocí» o cuando sucedió... Pues a mí me parece que eso podría aplicarse a Zaqueo en el Evangelio de hoy. *Antes del encuentro con Jesús*, Zaqueo era: jefe de publicanos y rico. Dos pinceladas que hacen torcer el gesto cuando se piensa en el personaje. Tenía, sin embargo, un tanto extraordinariamente positivo que le salvó: quería conocer a Jesús. Lo intenta y lo consigue con tanto interés que consigue que Cristo se fije en él de modo especial, porque especial era el procedimiento que aquel hombre (jefe y rico) había buscado para ver de cerca a Cristo: subirse a un árbol (¡qué poco serio!). Y Jesús, como siempre, responde al interés del hombre: Zaqueo, hoy tengo que alojarme en tu casa. Y dice el Evangelio que Zaqueo bajó deprisa, para no perder la oportunidad que se le brindaba, y lo recibió «muy contento».

A aquel hombre que buscaba ver a Jesús se le ofrece de repente la oportunidad no sólo de verlo, sino de intimar con El, de poder estar reposadamente con El en la intimidad del propio hogar y de

gozar con El del sosiego de la conversación y de la tertulia reposada, fuera del barullo de la gente. No sabemos nada de qué se dijo ni cómo se dijo en la tertulia habida en casa de Zaqueo, de los problemas que se plantearon ni de las soluciones que se apuntaron. No sabemos nada, sólo sabemos una cosa:

Después del encuentro con Jesús: Zaqueo era otro hombre, completamente distinto al que había ido en su busca. Y tan distinto que dio muestras evidentes de la más rotunda de las conversiones: la mitad de mis bienes (no olvidemos que era rico) se la dio a los pobres y a los que he estafado restituiré cuatro (cuatro) veces más.

Conociendo a los hombres como los conocemos, por propia experiencia, en primer lugar, no dudamos en calificar el resultado del encuentro como mágico. Aquel hombre, aparentemente, se había vuelto loco, loco de remate, cuando en un momento había llegado a la conclusión tan lúcida (en aparente oposición a su locura) y tan rotunda: la mitad de sus bienes para otros y cuatro veces más para reparar las injusticias cometidas. Cuando un hombre llega a estas conclusiones quiere decir que algo muy fundamental le ha ocurrido, quiere decir que su vida ha dado un giro copernicano, quiere decir que la jerarquía de valores que hasta entonces lo había sustentado se ha venido abajo y ha sido sustituida por otra completamente distinta. Cuando un hombre llega a este «detalle» con sus bienes es que se ha convertido en otro hombre. Eso le pasó a Zaqueo.

¿Y por qué le pasó? Pues sencillamente, tal como lo pinta el Evangelio de hoy, porque se *encontró* con Cristo. Así de simple y así de peligroso. No sé si Zaqueo sabía o barruntaba lo que le esperaba cuando Cristo le propuso que lo alojara en su casa. Lo que resulta evidente es que aceptó con gusto y con rapidez asimiló sus palabras y las puso en práctica. La vida comenzó para él a partir de ese momento, que no olvidaría posiblemente nunca, en el que Cristo lo miró y se fue con él para tener una conversación larga y tendida.

Los cristianos somos cristianos porque nos hemos encontrado con Cristo, ¿no es así? Pues por las demostraciones diarias que hacemos, no debe ser así. Más parece que somos cristianos porque nos hemos encontrado sin comerlo ni beberlo en el

cristianismo, que por una opción personal que haya supuesto en nuestra vida tener deseo irrefrenable de ver a Jesús, superar los obstáculos que se oponen al encuentro -obstáculos de muchas clases y que todos conocemos perfectamente- y estar dispuestos a sentarnos tranquilamente con El en el silencio de nuestra intimidad para oírle desgranar su doctrina. Si lo hiciéramos de verdad, como lo hizo Zaqueo, es muy posible (es seguro) que nuestra vida tendría un signo distinto que cambiaría por completo el objetivo de nuestra existencia y la óptica con la que miramos las cosas y enjuiciamos los acontecimientos.

A través del Evangelio todos los hombres que se encontraron con Cristo no permanecieron indiferentes y abúlicos. Tomaron postura: con El o contra El.

Si nosotros, por definición, hemos tomado postura por Él creo que tenemos que revisar los fundamentos de esa postura y preguntarnos con absoluta sinceridad si se ha producido en nuestra vida una conversión al aceptar el cristianismo como forma de vivirla (porque eso es el cristianismo). Bastaría para responder a esa pregunta contestar a esta otra: ¿seríamos capaces de hacer como Zaqueo?

(G)

Jesús fue todo un provocador. Curaba en sábado contra la ley. Tocaba a los leprosos contra la ley. En el fondo, pone en crisis la antigua religión. Según la antigua religión los malos no son amados de Dios. Los enfermos, pobres, los publicanos no son amados de Dios. Para que Dios los ame tienen que cambiar de vida y merecer que Dios los ame.

Llega Jesús y ama a los malos y acoge a los pecadores. Además, tiene el atrevimiento de invitarse Él mismo a hospedarse en casa de un publicano, cenar con él y dormir en su casa. Eso fue el colmo de la provocación: “Vuestro maestro come con pecadores.”

El Dios que Jesús revela no es el Dios de la Ley. Es un nuevo modo de ser Dios. Un Dios al que no necesitamos ganarle su

amor, porque Él nos ama antes de merecer su amor. Esto resultaba incomprensible para ellos.

¿Cuál es nuestro Dios? ¿Es también el de la Ley que primero exige que nos portemos bien, que seamos chicos buenos, para que Él nos ame? ¿O será el Dios de Jesús que me ama primero antes de que yo le ame y me ama gratuitamente sin que yo merezca su amor?

¿No será por nuestra mentalidad legalista de Dios que también nosotros nos escandalizamos de que Dios ame a los malos e incluso tenga preferencia por ellos y no por nosotros que somos demasiado buenos?

Aún no hace mucho, un amigo mío tenía un tremendo problema de conciencia. Su hermano se había divorciado estando casado por la Iglesia. ¿Podría ahora ir a su casa, felicitarlo por el día de su cumpleaños? Todo un problema de conciencia. Mi respuesta no sé si fue muy adecuada pero le dije: “Tú verás lo que haces, pero yo estoy seguro de que Dios sí frecuenta la casa de tu hermano, y el día de su cumpleaños participa en la fiesta con él”.

Al menos así es el Dios que Jesús nos enseñó. Ningún santo fariseo podía entrar a la casa de Zaqueo y eso de ir a cenar con él... Bueno, eso ya sería el colmo de la infidelidad a la Ley. Sin embargo, Jesús no espera a que Zaqueo lo invite, se invita él mismo. El hermano mayor no entendió a su padre haciendo fiesta por el hijo que regresa y se niega a participar del banquete. Escándalo de los buenos que no han entendido el comportamiento de Dios, que me ama aún siendo yo malo. Con su escándalo ningún fariseo fue capaz de convertir a Zaqueo. En cambio, la simple presencia de Jesús revelándole que Dios era otra cosa transformó su corazón y lo que es más difícil “transformó su bolsillo y billetera”.

P. Juan Jáuregui Castelo